

EDITORIAL



Marcello Gallian
«Pensadora» (1956)

Discernimiento

Discernimiento. Es un concepto muy usado en la tradición cristiana, desde los tiempos más antiguos. Se refiere a la reflexión interior que cada ser humano es llamado a hacer para comprender cuál es la voluntad de Dios en los momentos importantes de elección de su vida. Significa llegar a elegir junto a Dios.

Como escribe Enzo Bianchi en su texto, «el discernimiento es un don del Espíritu de Dios que nos une a nuestro espíritu, y como tal va deseado e invocado por el cristiano», un don que debemos elegir y desarrollar usando todas nuestras capacidades humanas. Este proceso requiere una condición de base, la libertad de conciencia, es decir —explica Nathalie Sartou-Lajus— la posibilidad de que suceda «el retorno inquieto de la conciencia sobre sí misma», una conciencia capaz de juzgar las propias acciones y de llevar la carga del remordimiento por el mal hecho.

Nos hemos preguntado si las mujeres, a lo largo de la historia, han podido ejercitar el discernimiento, es decir si han sido libres de realizar una elección siguiendo la propia conciencia. La historia de Mary Ward que, en la Inglaterra del siglo XVII, quería aplicar la práctica ignaciana del discernimiento en una orden religiosa femenina, hace comprender cuán difícil ha sido. Para las mujeres la vida parecía siempre ya trazada por otros, y las elecciones, en gran parte «obligadas» por las decisiones de hombres a los que estaban sujetas.

Pero si damos al discernimiento un significado más íntimo, si lo consideramos como una modalidad más consciente y atenta de vivir la vida cristiana, entonces las mujeres han entrado plenamente siempre. Si, como escribe Bianchi, el discernimiento es un don del Espíritu a todas las criaturas, y si para acogerlo es suficiente «ejercitarse para ver, escuchar, pensar», ¿cómo es posible, de hecho, excluir a las mujeres?

Reconocer esta capacidad suya significa abrirse al descubrimiento de la espiritualidad femenina, es decir a una práctica del discernimiento más unida a la escucha de los eventos de la vida, de las pequeñas cosas.

Significa hacer sitio a una manera diferente de practicar el discernimiento, pero igualmente rica, de la masculina. Significa salir de la autorreferencialidad que tan a menudo el Papa Francisco reprocha al lenguaje eclesial para descubrir otras fuentes de inteligencia espiritual. (lucetta scaraffia)

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual
a cargo de LUCETTA SCARAFFIA

En redacción
GIULIA GALEOTTI
SILVINA PÉREZ

Consejo de redacción

CATHERINE AUBIN
MARIELLA BALDUZZI
ELENA BUJA RUTT

ANNA FOA
RITA MBOSHU KONGO
MARGHERITA PELAJA

Esta edición especial
en castellano
(traducción de ÁNGELES
CONDE) se distribuye de forma
conjunta con VIDA NUEVA y
no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

Henri Matisse
«Mujer con
paraguas» (1921)



ENTREVISTA

Entrevista
con Marie-
Caroline
Bustarret
teóloga y
redactora
jefa de la
revista de
espiritualidad
Christus

Discernir en las palabras de las mujeres

DE CATHERINE AUBIN

Marie-Caroline Bustarret, casada y madre de cuatro hijos, traductora trilingüe, y diplomada en gestión empresarial. Después de trabajar en el departamento de compras y ventas del sector textil, estudió teología hasta doctorarse en la Facultad Jesuitas de París, Centre Sèvres. Defendió su tesis en junio de 2016. Ha reflexionado sobre una teología espiritual de la acción a partir del análisis literario de la correspondencia de María de la Encarnación, la ursulina de Tours que fue misionera en Canadá en el siglo XVII. Actualmente es redactora jefa de la revista de espiritualidad ignaciana «Christus».

¿Cómo ha llegado a comprender la importancia del discernimiento en la vida espiritual?

Cuando encontré a mi marido, que había crecido con los jesuitas, me propuso seguir proyectos en India con la asociación Inde Espoir, de espiritualidad ignaciana. Era una forma de ponerme a prueba, ¿para ver si era la novia adecuada para él! En esa ocasión tuve mi primer contacto con los jesuitas. Encontré personas que daban importancia a cosas reales. Enseguida me sentí cómoda

con su forma de vivir y de expresar la fe. En nuestra boda, añadí una cláusula al contrato: la pertenencia a un grupo cristiano, el que fuera. Lo elegimos rápidamente: la Comunidad de vida cristiana. Ahí he descubierto la espiritualidad ignaciana; aprendí una forma de vivir la fe en la cotidianidad más sencilla, concreta y a veces más aburrida. Era ahí dónde tenía que buscar a Dios: en las pequeñas cosas de las que está hecha la vida cotidiana.

¿Y cómo decidiste hacer teología?

En los años en los que hemos formado parte de la Comunidad de vida cristiana nació en mí el deseo de profundizar la cuestión de la fe por medio de la razón. En mi familia discutir la fe y leer textos de teología era el pan de cada día. En un determinado momento me pareció natural afrontar sola los interrogantes teológicos. Quería ser capaz de dar razones de mi fe. Así que me presenté en el Centro Sèvres, la universidad de los jesuitas en París. He descubierto y apreciado una pedagogía enraizada en la espiritualidad que había vivido en grupo en la Comunidad, o sea una forma de acompañar el interrogarse (aquí intelectual) personal de cada uno.

¿Cuál ha sido el rol del discernimiento en ese recorrido?

En ese periodo no he puesto mis elecciones en conciencia delante del Señor. No puedo decir que he tomado todas mis decisiones “con discernimiento”. Pero he seguido mi pequeña voz interior, me he puesto a la escucha de un deseo profundo: dar un sentido a mi existencia, ordenar una vida de familia y una vida activa, ir allí donde deseaba, hacer cosas que me estimularan, que suscitaran en mí un sentido de paz... Me he dado cuenta enseguida de que la capacidad de descubrir dentro de sí lo que pone en movimiento es el fundamento sobre el que se apoya el discernimiento. Discernir en la fe es hacer entrar al Señor en cada mínima decisión. Es descubrir que la alegría que dura viene de Él, mientras que el malestar y el abatimiento no le pertenecen; es optar por lo que da más vida, también si la elección, hecha atentamente en la reflexión y el discernimiento, no impide a las dudas, a continuación, asaltarnos. Durante mis años de estudios, me han asaltado dudas insidiosas: ¿había tomado realmente la decisión adecuada dejando de trabajar para estudiar? Y he aprendido que es necesario repetir incesantemente el sí dicho al Señor. Me he quedado en el Centre Sèvres porque sentía que era el lugar en el que tenía que estar, que ese era “mi sitio”.

¿El discernimiento ignaciano se refiere solamente a los jesuitas? ¿Existe diferencia de discernimiento entre hombres y mujeres?

Durante mis estudios de teología me interesé poco a poco en las figuras espirituales femeninas. Al principio fue santa Teresa de Ávila, con la que nació en mí el deseo de profundizar la cuestión de la fe en femenino. Entonces me dije claramente que quería hacer mi tesis de doctorado sobre una mujer, porque sabía que ese trabajo sería un verdadero “encuentro” con la autora.

Quería vivir la intimidad espiritual con una mujer. Sentía que nuestras preocupaciones y modos de vivir, las formas de relacionarnos, serían afines. Observé que la mayor parte de los libros de teología que leía estaban escritos por hombres. El pensamiento teológico masculino es potente y extraordinario, pero me parece que a veces faltaba un anclaje en la carne y en la encarnación. Me acuerdo de un curso de filosofía sobre Heidegger que afrontaba la cuestión del “ser por la muerte” y, me pregunté: ¿y qué hay del nacimiento? ¿Del “sí a la vida” en este sistema filosófico? El profesor me respondió que, de hecho, probablemente era un punto ciego.

¿Cuál fue para usted la ocasión para pensar un discernimiento “a lo femenino”?

No, no he pensado en un discernimiento a lo femenino; he vivido un discernimiento a lo femenino. Quiero decir que mi forma de decidir se ha expresado en una vida que es una vida de mujer. He conocido por ejemplo la laceración que a menudo viven las mujeres (y raramente los hombres): la dificultad de conciliar la vida profesional y la vida familiar. No creo que haya un “discernimiento a lo femenino”, hay solo mujeres y hombres, individuos, que discernen. De hecho se refiere a cada persona, hombre o mujer, que quiere seguir los pasos de Cristo. Mi discernimiento es diferente al de mi marido, no porque él es un hombre, ¡sino porque no

es yo! Es un instrumento o un medio al servicio de la persona en su relación con el Señor. Un instrumento no es sexuado y no tiene de por sí un fin. El objetivo es la fidelidad al Señor. El discernimiento no hace otra cosa que ponerse modestamente al servicio de todo esto. Quisiera añadir que por suerte no es propio de la espiritualidad ignaciana, sino de cada hombre y mujer de buena voluntad. Más propiamente ignaciano es quizá la forma en la que las cosas han sido formuladas y formalizadas por san Ignacio... por el bien de todos.

¿Cómo llegó a «Christus»?

Estaba terminando mi tesis cuando el redactor jefe de «Christus» se puso a buscar una vicedirectora. ¡Él, que era un hombre y un religioso, había entendido que sería bonito formar un equipo con una mujer e incluso más si era laica! ¡De hecho nuestra colaboración es muy positiva! A través de mi trabajo en «Christus» trato de servir el discernimiento de los otros. De hecho, esta revista fue fundada por Maurice Giuliani, un jesuita que quería ayudar a sus contemporáneos –hombres, mujeres, sacerdotes, religiosos o laicos– a discernir para encontrar a Dios en la propia vida. Contribuir a esto es mi misión hoy.

¿Cuál es el rol del discernimiento en el acompañamiento?

Es central, porque el discernimiento ayuda a vivir la propia vida de forma consonante al Señor y el acompañante está ahí para ayudar a la persona a hacer elecciones en su existencia.

El acompañado está movido por un deseo y el acompañante le ayuda a aclarar tal deseo para que esté más orientado hacia Dios. Las decisiones que tomamos a lo largo del tiempo son expresiones de la forma en la que ponemos (o no) al Señor en el centro de nuestra vida. Acompañar es ponerse humilde y discretamente al servicio de una relación entre el acompañado y el Señor.

El acompañante no está ahí para ejercitar una dirección o menos incluso un poder sobre el otro. Si esto sucede, ¡ya no se trata de acompañamiento así como lo entendía Ignacio! El acompañante debe ser partícipe de la infinita discreción y delicadeza de Dios.

¿Una mujer acompaña de forma diferente de un hombre?

Recordemos que en Francia el número de las mujeres que acompañan es igual, si no superior, al de los hombres. Intuyo que hay una diferencia en la forma en la que las mujeres y los hombres acompañan. Pero me es difícil decir en qué consiste porque siempre he sido acompañada por mujeres, pero sobre todo porque la realidad es mucho más compleja por nuestros intentos de encasillar todo. Pero cuando he hablado con algunos amigos acompañantes, hombres y mujeres, que han animado retiros juntos, me han dicho que hay una diferencia, y que quizá consistía en la forma de escuchar, en la atención al cuerpo, a las pequeñas cosas, a los detalles concretos.

Autógrafo de
san Ignacio
de Loyola

María de la
Encarnación





Marie-Caroline Bustarret

Marie-Caroline Bustarret es redactora jefa de «Christus», revista trimestral de los jesuitas franceses que tiene como subtítulo «Vivir la experiencia espiritual hoy». El número de julio se ha dedicado a la espiritualidad femenina, con ensayos profundos e innovadores, obra de estudiosas de indiscutible valor: Veronique Margron, Agatha Zielinski, Anne Lecu, Dolores Alexandre, Patrick Goujon, Nathalie Sarthou-Lajus y Anne-Marie Pelletier. Entre un texto y otro, fragmentos bellísimos de Caterina da Siena, Hadewijch d'Anversa, Simone Weil, Marie Noël. La pregunta que se plantea la redacción es si existe una específica espiritualidad femenina o más bien no se trata de un bien común compartido también por las mujeres. Las respuestas son diferentes, pero todas contienen propuestas activas de descubrimiento y apertura a la enseñanza espiritual femenina que, escribe Pelletier, «pone a la escucha delante de la palabra». Denunciando la autorreferencialidad de una cultura que se interesa en las mujeres solo para hablar en su lugar, condenándose así a la esterilidad.



Hay quizá en la escucha femenina un rasgo más “materno” que se expresa, pero es necesario ser prudentes con estas generalizaciones. Hay algo que es verdad: se acompaña con lo que se es, con lo que tenemos dentro y que nos constituye. ¿Se podría hacer un paralelismo con la diferencia en la forma en la que un padre y una madre cuidan del hijo?

¿Cómo ven los jesuitas a las mujeres que acompañan?

En los jesuitas que conozco y con los que he trabajado, el espíritu es el de la colaboración para una misión común, en la que cada uno aporta los propios talentos y carismas; nuestras complementariedades son una riqueza. Si es verdad que los jesuitas son conscientes de ser cada vez menos numerosos y tener que trabajar con laicos y mujeres, no es este el motivo principal que les empuja a dirigirse a ellos. Lo hacen deliberadamente, porque saben que es un bien y que la Iglesia se beneficia. Muestran así que es juntos como constituimos la Iglesia.

¿Y san Ignacio para usted?

Ha sido él quien me ha generado a la vida interior. En su escuela trato de aprender poco a poco a compartir los gustos del Señor.

Lo vi entrar en mi corazón y esconderse allí

FRANCESCA BUGLIANI KNOX

Prepararse para vivir el discernimiento como centro de la propia vida espiritual no ha sido siempre una perspectiva accesible para las mujeres. Prueba de ello fue Mary Ward, nacida en Yorkshire en 1585, tiempos de persecuciones para los católicos. Situación difícil para una joven mujer que desde la adolescencia sintió el deseo de defender, testimoniar y difundir la fe católica y pretendía hacerlo como lo dictaba el Espíritu, huyendo de la idea de que las mujeres fueran criaturas débiles y volubles, destinadas al matrimonio o a la vida en el convento. Tenaz y dócil, independiente y al tiempo obediente hasta el martirio espiritual, Mary permaneció valientemente en escucha de una llamada que se le reveló solo gradualmente, entre incertidumbres, pensamientos sufridos y fuertes señales.

«Toma lo mismo de la Compañía [de Jesús]» había escuchado resonar en su mente en 1611, después de un largo periodo de meditación, en la búsqueda de la voluntad de Dios. Pensó fundar una congregación modelada sobre las constituciones de la Compañía de Jesús dependiente directamente del Papa, siendo exenta de la obligación de clausura y dedicada al apostolado en tierra de misión y en particular a la educación femenina. En distintas ciudades europeas surgieron así institutos que quería gobernados por una superiora general. Su programa y los repetidos intentos de obtener la aprobación de la Santa Sede fracasaron, tanto que en 1631 el Papa Urbano VIII decidió la suspensión de la congregación. Acusada de herejía y encarcelada durante algunos meses en el monasterio de las clarisas de Munich, Mary rechazó firmar la declaración de culpabilidad preparada por los inquisidores.

Cuando se le permitió volver a Inglaterra, continuó trabajando, con pocas compañeras, primero en Londres y después en el pueblo de Heworth, donde murió en 1645.

Su misión educativa a favor de las mujeres, su propuesta de apostolado femenino exento de clausura fueron el fruto de una espiritualidad centrada en el discernimiento. Todos los escritos y sus oraciones, testifican que la práctica del discernimiento creció y maduró en el tiempo, convirtiéndose en una verdadera peregrinación espiritual a la búsqueda de lo que Dios quería de ella y para ella, y en este camino, oración y meditación según las formas de los Ejercicios espirituales de Ignacio de Loyola, fueron determinantes. La oración de Mary, inicialmente «paralizada por el sentido del deber y llena de escrúpulos», se hizo coloquial hasta convertirse en extraordinariamente libre y confiada de la efectiva verdad de Dios que trabajaba en ella. «Pido a todos los que leen esta historia» escribió en la introducción de la autobiografía «que no me juzguen por mis debilidades y frecuentes caídas de la gracia, sino

reconocer sin embargo la verdad de Dios que trabaja en mí, y darle gracias por su bondad». Y no temía afirmar: «Dios estaba muy cerca de mí y dentro de mí (...) lo vi entrar en mi corazón y esconderse allí».

De los preciosos apuntes tomados durante los retiros espirituales, bajo la guía de los jesuitas Roger Lee y John Gerard, emergen la extraordinaria frescura, la autenticidad y la generosidad de espíritu con la que Ward vivía la realidad de la encarnación, invitando a sus compañeras a encontrar a Dios en las pequeñas y grandes cosas. Esas páginas evocan la necesidad del alma humana de liberarse de lo que une en exceso a las cosas terrenas, incluidas las estructuras de poder y de dominio, para poder después ver y amar esas mismas cosas con ignaciana «indiferencia», y esto con la libertad interior de quien «le dice todo a Dios» y en virtud de la cual «podemos ser quien parecemos y parecer quien somos». El amor por esta libertad interior, objeto constante de su oración, la ayudó antes y a contar después, en una carta a Roger Lee, la revelación que tuvo del estado definido por ella como «alma justa», un estado de naturaleza integrada, principio y fin último de toda criatura humana. Una santidad de la vida ordinaria, que Mary Ward invocaba para el propio instituto y para todos, admirablemente resumido en una de sus oraciones:

«Oh Padre de los padres
y Amigo de todos los amigos,
sin yo pedírtelo,
me tomaste bajo tu cuidado
y paso a paso me alejaste
de todo lo que a la larga podría impedirme
dirigir mi amor a Ti.
(...).

Oh libertad felizmente comenzada,
el comienzo de todo mi bien».

Discernir significa no solo estar atentos a las gracias que se reciben en la vida de todos los días e interpretarlas, sino sobre todo ser capaces de distinguir los lemas que provienen del espíritu bueno de los que son signo opuesto. Mary, que tenía familiaridad con las reglas ignacianas del discernimiento de los espíritus, y con la meditación de los «dos estandartes» lo sabía bien. «Lo que me disturba interiormente y genera turbación no viene de Dios» comentó, «porque el espíritu de Dios lleva siempre consigo sentido de libertad y de gran paz». Cuando, en 1611, escuchó las palabras «toma lo mismo de la Compañía», entendió el origen divino porque esas palabras le dieron, escribió, «tal confort y fuerza, le transformaron el alma hasta el punto que no pudo dudar de que vinieran de aquel cuyas palabras son obras».

Cuando recibía confirmación, bajo la guía de sus directores espirituales, de la bondad de los momentos de iluminación interior, no tenía miedo a abandonarse confiada a la voluntad de Dios, preparada a lo que le era desconocido, preparada para abrazar la cruz del mal y los límites del mundo.

«Mi corazón está preparado, ¡oh Dios! ¡Mi corazón está preparado! Ponme donde tú quieres». Y también: «Ni vida ni muerte, mi Dios, sino que tu santa voluntad se haga en mí. Haz lo que creas mejor; solo pido esto, haz que no te ofenda más y que no deje de hacer tu voluntad».

Su defensa del rol de las mujeres no fue otra cosa que corolario de su profunda espiritualidad basada en la práctica del discernimiento en nombre de una *veritas Domini* vivida, la verdad de Dios que no es determinada por conceptos de diferencias de género o categorías impuestas por la sociedad o la tradición. Cuando Thomas Sackville dijo de ella y de sus compañeras «va bien cuando están en los inicios de su fervor, pero el fervor pasará y cuando todo pasa son solo mujeres», Mary, dirigiéndose a sus compañeras, dijo: «¿Qué pensáis de esta expresión, “solo son mujeres”? Como si fuéramos inferiores a otra criatura que se presume que son los hombres (...) no hay tal diferencia entre hombres y mujeres que las mujeres no puedan hacer cosas grandes y espero de todo corazón que se vea que las mujeres en un futuro harán mucho». En otra ocasión escuchó a un padre decir que no le hubiera gustado ser mujer por nada del mundo, porque una mujer no sabía contemplar a Dios. «Yo no he respondido –cuenta Mary– solamente he sonreído aunque sí hubiera podido responder porque había tenido exactamente experiencia de lo contrario. Habría podido tener compasión de su falta de juicio, pero no, el juicio lo tiene, lo que le falta es la experiencia».

Mary Ward nos invita hoy al discernimiento, porque se practica por nuestra salvación, poniéndolo después al servicio de las almas. Lo entendió en su momento John Wilson que dedicó el libro de meditaciones a Vincenzo Bruno (1614) a Mary Ward y a sus compañeras las cuales –escribió– estaban trabajando «por el bien espiritual de los otros» y sobre todo de los pobres, y añadiría, de cualquier pobreza que se tratara: pobreza intelectual, pobreza de espíritu, pobreza del corazón.

Las seguidoras de Mary Ward no fueron reconocidas como congregación hasta 1703. Para la aprobación definitiva de su Instituto de la Beata Virgen María por parte de la Santa Sede, se tuvo que esperar hasta 1877, concesión hecha con la condición de que no apareciera el nombre de Mary Ward. En 1909 Ward fue oficialmente reconocida como fundadora y en 1921 el cardenal Bourne tuvo palabras de admiración para esta «pionera» de la educación femenina, aprobando la «amplitud de miras sobrenatural» y la «perseverancia heroica». En el congreso mundial del apostolado de los laicos en 1951 Pío XII, la definió «mujer incomparable» y en 1985 tanto el cardenal Ratzinger como Juan Pablo II alabaron la obediencia. Había llegado el momento. En 2003 la congregación

adoptó las constituciones ignacianas y asumió, hecha la excepción de la rama de

Loreto, el nombre de *Congregatio Iesu*.

Cuatrocientos años después, las palabras «toma lo mismo de la Compañía», se habían concretado.

En 2009 finalmente se atribuyó a Mary Ward el título de venerable por la práctica heroica de las virtudes ejercitadas por ella en vida.



Detalles extraídos de «Vida pintada de Mary Ward»



El centro de la libertad de conciencia

DE NATHALIE SARTOU-LAJUS

La libertad de conciencia es el centro del discernimiento. Sin ella somos incapaces de pensar y de valorar lo que hacemos y no podemos evitar el impedimento de la autocomplacencia o de la autodenigración. Este retorno del pensamiento sobre la conciencia presupone la profundización de una experiencia interior en la que cada uno puede ser al mismo tiempo actor y juez de sí mismo. Según el método cartesiano, la duda es la primera fase necesaria de este examen interior para liberarse de las propias certezas y reconocer una verdad que puede ir contra los propios intereses. De hecho la reivindicación obsesiva de una libertad de conciencia puede también disimular formas de ignorancia y dependencia.

Tener la valentía de juzgar solos, sin seguir las opiniones dominantes, sin adherir automáticamente al discurso de un maestro o de un superior jerárquico, sin ser cegados por las propias pasiones o los propios intereses, es manifestar una libertad interior respecto a los otros y a sí mismos. Esto implica una vigilancia crítica y una capacidad de cuestionarse, una lucidez frente a la realidad del mundo y a los hombres así como son. ¿Quién puede aspirar al ejercicio de una libertad de conciencia parecida? Pocas personas en realidad. Y nunca en todos los momentos de su existencia. Es mucho más fácil modelar la propia conciencia sobre la de los otros y adherirse a ideas preconcebidas. El sujeto soberano no existe.

Nos damos cuenta de cuán preciosa es la libertad de conciencia cada vez que somos privados de ella, durante las crisis psíquicas, cuyas causas pueden ser múltiples: uso de psicotrópicos, trastornos patológicos, fenómenos de condicionamiento y de alienación... Es privando a los hombres de este foro interior, donde la libertad personal puede despegarse, que sistemas totalitarios de todo tipo producen seres infantiles, ejecutores irresponsables. La máquina totalitaria se defiende con la eliminación de todos aquellos que rechazan obedecer. Su engranaje se bloquea cuando un número consistente de personas se rebela. Es aquí que reside el poder de la libertad de conciencia.

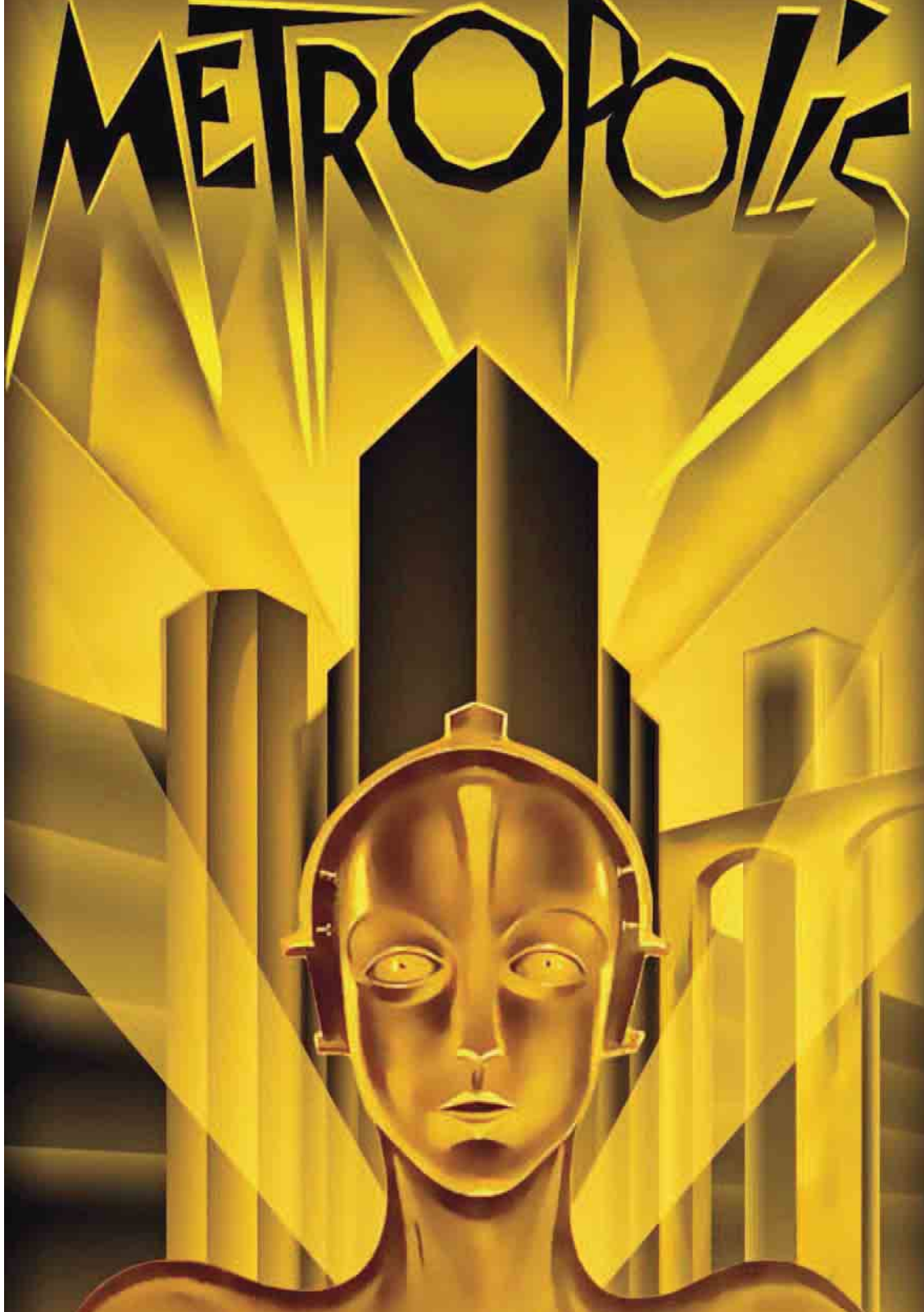
La resistencia a las máquinas totalitarias requiere una energía increíble. Empieza en la interioridad, poniendo de relieve las propias fuerzas, y prosiguiendo en el ejercicio de la propia ciudadanía, como un erradicación de todas las esclavitudes cotidianas. Es siempre una resistencia a la instrumentalización y a la disolución de las conciencias. Prueba de la fragilidad del ser humano, y junto a lo que subsiste en él de indestructible, como testimonian los escritos de Etty Hillesum, de Solzhenitsyn y de muchos otros en los campos de concentración. La humanidad de un hombre declina desde el momento en el que renuncia a ejercer la propia libertad de conciencia, ya que es entonces cuando su alma se apaga.

El ejercicio de la libertad de conciencia se reconecta al descubrimiento del bien y del mal del que soy capaz. Este retorno inquieto de la conciencia sobre sí misma representa la forma más refinada del juicio moral que discierne «casos de conciencia», allí donde otros permanecen indiferentes o incapaces de juzgar, ya que no ven, no perciben la infidelidad de los otros. El examen de conciencia nace de una educación indispensable a la transformación de sí y al propio crecimiento espiritual. Permite tomar conciencia a posteriori de la propia parte de responsabilidad en el mal que se ha podido hacer a alguien. Sufrimiento inútil, dirán algunos. La mala conciencia llega siempre demasiado tarde, cuando ya no sirve para nada, el mal ya se ha hecho y no se puede cancelar. Y gracias a ella se puede ser mejores.

Siento las punzadas del remordimiento por las veces en las que dependía de mí hacer el bien y no lo he hecho. El remordimiento de haber herido a alguno y de no haberlo sostenido está siempre unido a lo irrevocable. El mal que se ha hecho no se puede deshacer. Esta crisis moral puede dar lugar a un terrible sufrimiento psíquico: me desespero de mí misma. ¿Cómo no temblar de miedo frente a tanta ceguera o cobardía? ¿Y de quién me puedo fiar si mi misma conciencia me engaña? Es el dolor que tortura «la conciencia escrupulosa» y le impide dormir en paz. La mediación de una mirada externa es a veces saludable. Permite huir de la soledad del cerrarse en sí mismos, del exilio interior de la mala conciencia. La mirada de otros aporta otro punto de vista que difumina la propia y consiente tomar distancia del pasado, separarse de la propia culpa, salir de un pensamiento tan vano como morboso.

Paradójicamente, a veces es cuando se desespera más de uno mismo que se acerca a la sanación, porque se reconoce la propia vulnerabilidad y se quisiera cambiar. ¡La verdadera desesperación es quizá la de no haber desesperado nunca de sí mismo! Las conciencias sin escrúpulos, que no se sienten culpables de nada y no siente nunca el mínimo remordimiento, son conciencias vacías, conciencias muertas.

Porque la libertad de conciencia puede también asumir el aspecto de una carga. Ningún otro puede llevarla en nuestro lugar. Se entiende entonces por qué la mayor parte de los hombres rechaza asumirla. La libertad de conciencia es fuente de aprehensión. Es una experiencia incómoda que tendemos a evitar. Quisiéramos, más que cualquier cosa, «tener la paz». ¿Se puede obligar a los hombres a ejercitar una libertad de conciencia de la que buscan instintivamente liberarse? Es la terrible pregunta que Étienne de La Boétie plantea en su importante ensayo sobre su «esclavitud voluntaria». De hecho el ejercicio de la libertad de conciencia es una



*Cartel de la
película de
Fritz Lang
«Metropolis»
(1921)*

cuestión que tiene que ver conmigo. Pero dado que no es natural, es responsabilidad del educador despertarla o denunciar la ausencia, cada vez que la sustraemos.

Al constatar la ausencia de mala conciencia en Eichmann durante su proceso en Jerusalén, la filósofa Hannah Arendt concluyó que tenía origen en «una curiosa insuficiencia para pensar». A menudo los hombres no saben qué piensan ni qué hacen. Ignorar la gravedad de su culpa y las consecuencias de sus actos. Toman un mal por un bien, no prestan atención a los otros y permanecen extraños a sí mismo. Por pereza, negligencia o ceguera,

la conciencia elimina fácilmente toda responsabilidad y abdica a su libertad interior. Pero, si no poseemos nunca la libertad de conciencia, no podemos renunciar a ejercitarla sin prejuzgar gravemente la posibilidad de un pensamiento propio o de una vida moral.

El ejercicio de la libertad de conciencia es un llamamiento a ser mejores, a elevarse por encima del pantano de nuestra vida, y al tiempo un rechazo del rigorismo moral y del laxismo. ¿Cómo permanecer todavía humanos, cuando no es posible seguir los principios de la moral que separan el bien del mal? En la novela de William

Styron, es el dilema de Sophie: el oficial nazi la obliga a elegir cuál de los dos hijos quiere salvar y cuál sacrificar, si no los dos morirán. Durante las catástrofes, ¡cuántos socorristas son sometidos a elecciones parecidas e imposibles! Más allá de estas situaciones extremas, la vida cotidiana nos pone a menudo frente a la elección del “mar menor”.

El discernimiento –cuando no podemos elegir entre el bien y el mal y forcejeamos en las elecciones trágicas de la existencia– obliga a la innovación ética, a permanecer atentos a las situaciones concretas, a las circunstancias atenuantes, a la ambivalencia de los sentimientos. La libertad de conciencia no se debe confundir con el libre albedrío, esta se ejercita en las zonas grises de la acción.

En ausencia de una ilusoria transparencia interior, el discernimiento consiste en un trabajo de desilusión que presupone no mentirse más a sí mismo.

La libertad de conciencia es la virtud de un sujeto, hombre o mujer. ¿Por qué invocar la especificidad del rol de las mujeres? ¿Existe una situación particular de las mujeres respecto al ejercicio de la libertad de conciencia?

Podemos leer la historia de las mujeres como una larga lucha para hacerse reconocer como personas autónomas. El siglo XX puso fin a una especie de maldición que pesaba sobre ellas. Y también las mujeres

deben afrontar todavía muchas dificultades, incluso en nuestras democracias, cuando pretenden ejercitar su libertad de conciencia y se niegan a delegar a los hombres el poder de hablar en su lugar y decidir su destino. A menudo deben proceder con astucia, para dejar creer a los hombres que son ellos los que gobiernan, y actuar a escondidas o disimuladamente. Poner fin a una tradición de exclusión y de subordinación requiere tiempo y paciencia.

Es una libertad duramente conquistada, al precio de una fuerte determinación y de una gran soledad. Adquiere un sentido

en la resistencia a las violencias de las que las mujeres son objeto cotidianamente, con su parte de desigualdades, humillaciones y malos tratos. Hasta el punto que, para indicar la especificidad de la violencia cometida contra las mujeres, se ha forjado un número término: “feminicidio”. La libertad de conciencia unida a la palabra “mujer” evoca así antes que nada un gesto de emancipación, la historia de una liberación en curso como una resistencia permanente a la violencia.

Si el femenino no es reducible al rol de las mujeres, en el filósofo Emmanuel Lévinas está la manifestación de una sobreexposición a la violencia. Pero es también el signo de una alteridad radical, de un territorio inviolable e inexpugnable. Es cierto, se puede violar, pero no se conseguirá poseer o asimilar. Lo femenino es entonces el otro nombre de la libertad de conciencia, la expresión de una interioridad de la que no se puede apropiarse, esto porque un ser humano, sea hombre o mujer, se hace inaccesible y escapa a todo control: es el tesoro del ser más vivo y más desarmado. Es el tesoro de Antígona que rechaza someterse a la ley de los hombres e invoca leyes superiores «no escritas», arriesgando la propia vida.



Portada de la reelaboración del «Antígona» de Sófocles escrita por Bertolt Brecht (edición de 1948)

Madre en cu



Benozzo Gozzoli, «Muerte de santa Mónica» (convento de San Agustín en San Gimignano, 1464-1465)

DE ELENA BUIA RUTT

Que tú hayas lacerado con injurias también la memoria de mi madre; de mi madre que no te ha hecho ningún mal, que nunca ha disputado contra ti, es un signo de que has sido vencido por el mal genio de la maledicencia, y no has tenido miedo de lo que está escrito: “Los difamadores no poseerán el reino de Dios” (1 Corintios 6, 10)». Así san Agustín, obispo y doctor de la Iglesia, defiende, ya anciano, la memoria de la madre Mónica, de la difamación del herético Julián, su implacable adversario: Julián había osado repetir la «conocida» ofensa, dirigida a Mónica niña por la sierva que le había hecho de nodriza: la habría sorprendido bebiendo vino, a escondidas, en la cantina. El hecho finalizó ahí, porque Mónica, regañada por la misma sierva con el exagerado título de «borracha», sintió una profunda vergüenza de sí misma y desde ese momento, con energía y orgullo, puso fin a un posible vicio incipiente. El famoso episodio del vino subraya esas cualidades naturales de Mónica, voluntad fuerte, carácter noble, orgullosa, decidida, que, unidos a una profunda vida espiritual construirán para ella el equipaje necesario para cumplir la misión de la vida: reconducir al hijo Agustín a Cristo y a la Iglesia. Los catorce años de lágrimas y laceraciones, durante los cuales Mónica sostendrá esta “prueba”, formarán la estructura de su santidad.

El inquieto y brillante Agustín, en la Tagaste del siglo IV, había sido encantado por el maniqueísmo, una religión oriental de moda en esa época, una fusión desordenada de cristianismo y zoroastrismo, basada en la oposición de dos principios considerados igualmente divinos. La lucha de Mónica, procedente de una ferviente familia católica, no se debía solo a una cuestión de fe, sino que se entrelazaba con el visceral terror de una madre cristiana que no «vería más» al propio hijo, si moría «como herético» y no bautizado todavía: Mónica se consumía por la idea de perder a Agustín para siempre.

Además, no fue fácil para ella equilibrar amor materno, indignación por las elecciones del hijo y confianza en

erpo y en espíritu

La confiada oración de santa Mónica marcó la conversión de san Agustín

los caminos de la Providencia: cuando Agustín volvió de Cartago brillantemente licenciado, coronando el sueño de Mónica, que tantos esfuerzos había realizado para hacerle estudiar. Pero él volvió a casa maniqueo, con una esclava de Cartagena con la que vivía y el hijo nacido de esta relación. Fue la mancha de la herejía, más



que la vida desordenada de Agustín, lo que provocó en Mónica un alboroto de rebelión y disgusto: con firmeza lo echó de casa y el joven profesor se tuvo que refugiar con el amigo Romaniano. Después de algún tiempo Mónica tuvo una visión, a la que permaneció inquebrantablemente fiel y a la que se encomendó de ahí en adelante: vio al hijo sentarse al lado de un eje donde ella misma estaba sentada, mientras una voz le decía: «Allí donde estás tú, estará también él». Cambió entonces su actitud, recibió en casa a Agustín y no quiso separarse más de él. Decidió no solo seguirle a Cartago, sino que le imploró también acompañarlo hasta Roma: como respuesta, para huir de la insistencia de Mónica, Agustín se embarcó con engaño, al alba, después de haberse alejado de ella con la excusa de querer despedir a un amigo que viajaba. Pero si el hijo abandonó a la madre en el muelle de Cartago, la mujer no se dio por vencida: subió a una nave hacia Roma y continuó sola hasta Milán.

Fue en esta ciudad que sus lágrimas y sus oraciones fueron escuchadas. Los discursos al pueblo por parte de Ambrosio, obispo de la ciudad, comenzaron a romper el muro interior de Agustín, ya célebre profesor universitario, llegado a Milán desde Roma como enviado por el prefecto Simmaco —el gran adversario de Ambrosio— y precedido por la fama de maniqueo. La conversión de Agustín, al finalizar una larga lucha interior, culminado con el famoso episodio del *tolle, lege* (“toma, lee”) que tuvo lugar en el jardín, bajo la higuera, puso fin a la gran misión de Mónica. La relación que al principio era de conflicto, contrastado por los dos, después de la conversión, se transformó en un sodalicio espiritual e intelectual, fundado en una unión afectiva muy intensa. Agustín reconoció cómo su transformación espiritual fue debida a la asidua y confiada oración y a las insistentes lágrimas de súplica de la madre, que desde ese momento en adelante se convirtió en su principal interlocutora desde el punto de vista filosófico y teológico, ya que era portadora de una sabiduría no conquistada con el estudio, sino con la oración, por tanto con el contacto directo, “privilegiado”, con la voluntad del Señor.

Era el 387, quizá el mes de octubre, cuando Mónica, después de nueve días de fiebre, se apagó en Ostia, durante el viaje de regreso de África con el hijo. Se fue serenamente, en paz, confesando que había visto cumplirse su deseo más grande. Mónica es venerada como patrona de las madres, de las mujeres y de las viudas: generó dos veces, en el cuerpo y en el espíritu, un hijo que, desde ese momento en adelante, dedicaría la heredada excepcionalidad de corazón y sabiduría a la defensa de la fe católica y a la profundización de los misterios de Dios.

La autora

Elena Buia Rutt es poetisa y traductora: colabora en las páginas culturales del Osservatore Romano. Entre sus más recientes traducciones recordamos *El diario de oración* de Flannery O'Connor (Bompiani, 2016), mientras que su última obra poética, *Mi corazón es un asno*, ha sido publicada por Nottetempo en 2015.

El arte del discernimiento espiritual



DE ENZO BIANCHI

En la historia de la espiritualidad cristiana el discernimiento espiritual ha sido considerado el don absolutamente necesario para conocer la voluntad de Dios. Así lo dice Antonio, el padre de los monjes: «El camino más adecuado para ser conducidos a Dios es el discernimiento, llamado en el Evangelio ojo y lámpara del cuerpo (cfr. Mateo 6, 22-23). Esto descubre todos los pensamientos del hombre y sus actos, examina y ve en la luz lo que nosotros debemos cumplir» (Cassiano, Conferencias ii, 2). Y los padres del desierto proclaman que «el discernimiento es la madre y la custodia de todas las virtudes», por eso dedican a él búsqueda y meditación, hasta hacerlo el objeto principal de su enseñanza a los discípulos. Son conocidos los textos de la tradición al respecto: Orígenes, Antonio y los padres del desierto, Evagrio, Juan Clímaco, en occidente Casiano, más tarde Ignacio de Loyola y, en el siglo pasado, Karl Rahner. Sobre este fundamento, ¿podemos hoy proporcionar algunas huellas para quien quiere ejercitarse en este arte esencial a la vida cristiana en el Espíritu? ¿Podemos delinear algunos criterios que guíen el discernimiento espiritual?

En primer lugar, el discernimiento es un don del Espíritu de Dios que se une a nuestro espíritu, y como tal va deseado e invocado por el cristiano. Es el Espíritu Santo quien desempeña un papel decisivo en todo el proceso del discernimiento, y quien quiere emprender

tal camino debe predisponer todo en sí para que el Espíritu pueda actuar con su fuerza. Para cada cristiano la epiclesis, o invocación del Espíritu, es el preámbulo a toda oración y acción, en la conciencia de que la petición del Espíritu es siempre escuchada por Dios, como Jesús nos ha asegurado: «Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?» (Lucas 11, 13)

La capacidad de discernimiento, de elección, se da a cada persona venida al mundo: es el discernimiento humano que procede de la razón y del intelecto. Pero el espiritual, que no viene de «carne y sangre» (cfr. Juan 1, 13), es una operación que tiene como protagonista el Espíritu. En el bautismo el cristiano recibe el don del Espíritu Santo, y esta recepción le permite conocer lo que viene de Dios, que humanamente puede parecer locura o ser escándalo, pero que a la luz del Espíritu aparece como sabiduría y poder de Dios (cfr. 1 Corintios 1, 22-25). Afirma Pablo: «Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman (...) lo ha revelado por el Espíritu; pues el Espíritu lo sondea todo, incluso lo profundo de Dios. (...) Nosotros hemos recibido un Espíritu que no es del mundo; es el Espíritu que viene de Dios, para que conozcamos los dones que de Dios recibimos» (1 Corintios 2, 9-10.12).

El Espíritu Santo que desciende en el corazón de los creyentes les habilita a llamar a Dios “Abba” (cfr. Romanos 8, 15; Gálatas 4, 6) y a tener el *noûs*, la mentalidad, el pensamiento de Cristo (cfr. 1 Corintios 2, 16). Gracias a su «unción» (1 Juan 2, 20.27) –unctio magistra– es capaz de discernir la voluntad de Dios, lo que a él le agrada, su diseño sobre nosotros, y de conocer su amor gratuito que nunca es merecido, sino solo acogido.

La epiclesis y el consecuente descenso del Espíritu Santo nos lleva, como primer fruto, al discernimiento de Jesucristo como Señor y Salvador. En su humanidad Jesús narró el Dios invisible (cfr. Juan 1, 18): él es «la imagen del Dios invisible» (Colosenses 1, 15; cfr. 2 Corintios 4, 4), del Dios que nadie ha visto nunca ni puede ver (cfr. 1 Timoteo 6, 16), pero para reconocerlo es necesario acoger la operación con la que Dios alza el velo sobre él y nos permite discernir en su carne frágil y mortal al Hijo de Dios, la Palabra eterna de Dios. Nuestros ojos podrían permanecer velados, sobre nuestros corazones podía permanecer un velo, también si escuchamos la palabra de Dios contenida en las Escrituras (cfr. 2 Corintios 3, 12-17), y Jesús podría ser para nosotros ese signo de contradicción puesto por la caída y la resurrección de las multitudes (cfr. Lucas 2, 34). A esta operación de discernimiento de Jesús como Hijo de Dios tienen derecho especialmente los pequeños, los últimos, como Jesús mismo exclamó con alegría y estupor: «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, así te ha parecido bien» (Mateo 11, 25-26; Lucas 10, 21).

Si estas son las bases teológicas y de revelación del discernimiento, ¿cómo ejercitar el arte? Mientras que el discernimiento espiritual es un don del Espíritu que obra en nosotros, cada persona tiene en sí las facultades humanas que deben colaborar con él. El Espíritu Santo actúa a través de nuestras cualidades intelectuales, por eso éstas se reconocen fácilmente para que el creyente pueda recibir tal don.

En primer lugar es necesario ejercitarse para ver, escuchar y pensar. Atención y vigilancia son las virtudes que nos permiten entrar en una relación de conocimiento con la realidad, los eventos, las personas. Saber ver, escuchar y pensar son una única operación, fundamental para nuestra madurez. Todo esto se sitúa a un nivel de actividad psicológica; pero en el creyente, a la luz de la fe y bajo la hegemonía del pensamiento de Cristo, esta operación es más que psicológica: hay sinergia entre el Espíritu Santo y las facultades humanas. Cuando entramos en relación con las diferentes realidades, iniciamos un proceso de conocimiento y con nuestra inteligencia leemos, interpretamos, reconocemos su significado.

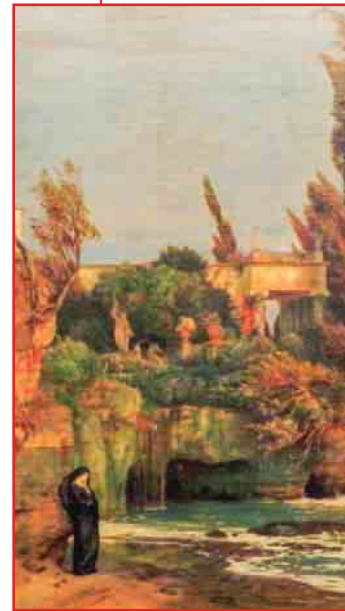
Pero para un creyente, esta actividad humana va necesariamente desarrollada dentro de una clara conciencia: la hegemonía, el primado de la palabra de Dios. «Lámpara es tu palabra para mis pasos» (Salmos 119, 105) reza el salmista, luz a mi inteligencia, a mi pensar y meditar. El primado y la centralidad de la palabra de Dios en la vida del creyente son hoy una certeza compartida por los discípulos de Jesús. Si a través de la Palabra ha venido la creación (cfr. Génesis 1; Juan 1, 1-3), si a través de ella

Dios se ha revelado hasta ser, entre nosotros, Palabra hecha carne en Jesucristo (cfr. Juan 1, 14), entonces es la Palabra misma, compañera inseparable del Espíritu (cfr. Basilio de Cesarea, El Espíritu Santo 16), que debe presidir también el discernimiento.

Gracias a la escucha de la palabra de Dios el cristiano accede a la fe (cfr. Romanos 10, 17), en la Palabra encuentra su alimento cotidiano en el camino hacia el Reino, encuentra la vida verdadera (cfr. Juan 1, 4), que vence el mal y la muerte. Quien se compromete en la operación del discernimiento espiritual debe convertirse en un oyente asiduo de la Palabra, un siervo de la Palabra al cual cada mañana el Señor abre el oído para que escuche como un discípulo (cfr. Isaías 50, 4); debe ejercitarse a permanecer, a detenerse firme y con confianza en la Palabra que es Cristo. Es necesario ser conscientes de la presencia operante y viva de la Palabra de Dios contenida en la Sagrada Escritura, y buscarla ahí, leyéndola asiduamente, meditando y conservándola en el corazón, de forma que brote y dé fruto.

Gracias al ejercicio de las facultades intelectuales y a la escucha de la Palabra, se puede adquirir una cierta capacidad, un sentir, un “sentido espiritual”. Esto nace de la escucha de la conciencia, de lo profundo del corazón, y se convierte en acogida de una inspiración, de un movimiento interior, de un “olfato” que sabe reconocer la presencia del Señor y la manifestación de su voluntad. Se llega a esta meta «tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús» (cfr. Filipenses 2, 5), hasta tener en nosotros «la mente del Señor» (1 Corintios 2, 16) mismo. Así se entra en sintonía con el Señor, se comparte con él la mirada y el sentir, y de esta manera se crece a la estatura de Cristo (cfr. Efesios 4, 13). Esta es la sensibilidad espiritual entrenada en el discernimiento del bien y del mal (cfr. Hebreos 5, 14); esta es la superconciencia (epígnosis) que permite discernir fácilmente lo que es bueno y agrada a Dios (cfr. Romanos 12, 2; Filipenses 1, 9-10).

Así puede surgir la decisión, el juicio según el Espíritu, hasta ser una “decisión tomada por él”, porque es valorada y emerge gracia a su fuerza inspiradora. Decisión que es una elección, un amén a la inspiración del Señor y un rechazo a la inspiración del mal, del demonio, con el fin de cumplir la voluntad de Dios. No basta decir: «¡Señor, Señor!», no basta conocer su palabra: es necesario realizarla, haciendo la voluntad del Padre que está en los cielos (cfr. Mateo 7, 21; Lucas 6, 46). Es una decisión de vida, del empeño de toda la persona: la elección es una experiencia que requiere ejercitarse a renunciar. Y la renuncia y la decisión tomada están dirigidas a un único fin: amar un poco más, amar un poco mejor. Lo recordó el Papa Francisco el 2 de marzo de 2017 con los párrocos de Roma: «En este momento, discernimos cómo concretar el amor en el bien posible, en consonancia al bien del otro» porque «el discernimiento del amor real, concreto y posible en el momento presente, en favor del prójimo más dramáticamente necesitado, hace que la fe se vuelva activa, creativa y eficaz».



Arnold Böcklin
«Villa sopra il
mare» (particular
1865)

En página
anterior,
Natale Fanin
«Espíritu Santo»

El alma de los mandamientos

Lucas 6, 1-6

En este pasaje evangélico el clima es de grave hostilidad de algunos hombres religiosos en relación con Jesús. Estos querían imputarle la trasgresión del gran mandamiento del sábado, y lo controlan con este fin. Y Jesús les contesta una obediencia al mandamiento que en realidad descuida, olvida, o incluso entierra el sentido y el corazón mismo de la Torah. Por tanto la polémica es sobre el cumplimiento de la Torah, de la palabra de Dios recibida y transmitida por Moisés. Pero el contexto polémico no debe distraernos del corazón de este pasaje, de la verdad y de la belleza de lo que Jesús dice sobre la Torah y que realiza sanando a un pobre enfermo. La intención hostil de los otros se convierte para Jesús en ocasión de una gran enseñanza sobre el sentido de la Torah, sobre lo que más apremia a Dios. No olvidemos nunca que el Evangelio es siempre para nosotros lección, corrección y consolación y que debemos acogerlas a las tres.

El Evangelio cuenta de un nombre con una mano paralizada que está presente en la sinagoga donde entra Jesús un sábado. Y de algunos escribas y fariseos presentes que observaban a Jesús para ver si sanaba a ese hombre en sábado y tener de qué acusarlo. Pero, también aparte de la intención polémica específica de este episodio, todos los Evangelios llevan a dos preguntas retóricas opuestas que alguno pone frente a Jesús: «¿Cómo puede venir de Dios si no cumple la Ley?». Y también: «¿Cómo puede no venir de Dios si realiza signos y gestos poderosos de amor?».

Aquí el Evangelio es impetuoso en el denunciar a quien, con la excusa de defender a Dios y su derecho, ignora a los necesitados y condena a quien, realizando el bien, parece transgredir un mandamiento. Esos hombres religiosos, de hecho, no solo no padecen con el hombre enfermo sino que lo usan como trampa para acusar gravemente a Jesús, en el caso de que cumpla signos de compasión que parezcan infringir la ley del sábado. Y así el hombre que sufre, el verdadero interés de Dios, permanece marginado, como si el shalom del sábado no fuera también para él, mientras esos hombres religiosos continúan vaciando la Torah de su primer significado, que es el amor compasivo y misericordioso de Dios por todos, empezando por los más necesitados.

Del conjunto de los evangelios se ve que, en la interpretación de Jesús, la voluntad de Dios expresada en los mandamientos es sobre todo para defender a los más débiles, es la genial forma de Dios de crear el derecho de los sin-derecho, dando a todos los demás el deber de cumplir los mandamientos correspondientes. Por ejemplo: el sábado es también y sobre todo un deber del creyente a favor de hijos e hijas, de esclavos y esclavas, de los animales y de los forasteros que le ayudan en el



Jesús sana al hombre de la mano paralizada en una ilustración en «The Life of Our Lord Jesus Christ»

trabajo y que se cansan por él y con él, criaturas que no tenían derechos. Así el mandamiento del sábado crea su derecho al descanso, para que el sábado sea espacio y profecía junto a shalom, de vida consolada y salvada para todos y todas. Por eso Jesús, devolviendo la salud a ese hombre, no transgrede el sábado sino que lo cumple, testimoniando que la preocupación de Dios por los seres humanos es verdadera siempre, que Dios continúa obrando el bien en medio de los suyos también en sábado. Porque es precisamente por la gloria de todos que Dios hizo el sábado.

Jesús llama a ese hombre enfermo a ponerse en el corazón de la asamblea santa, para indicar que el más débil es el más precioso a los ojos de Dios, y plantea a esos custodios de la Torah la pregunta: «¿Es lícito en sábado hacer el bien o hacer el mal, salvar una vida o perderla». Esta es una palabra grandiosa que pone en el centro la intención salvífica del mandamiento del sábado, y que avergüenza nuestras casuísticas religiosas, que suenan siempre así: «¿Es lícito? ¿No es lícito?». La responsabilidad de hacer el bien y de no hacer el mal, dice Jesús, nos pertenece siempre, y por eso el amor hacia el prójimo no contrasta con otros mandamientos, porque es el alma.



EN EL NUEVO TESTAMENTO

La mujer de Samaria y Jesús el hebreo

DE MARÍA JOSÉ DELGADO

Juan nos presenta a la mujer de Samaría, probablemente la figura femenina más conocida y más comentada de todo el Nuevo Testamento después de María, la madre de Jesús, y María Magdalena. El largo pasaje nos ofrece un encuentro-diálogo, recurso literario muy utilizado en el cuarto Evangelio, y afronta tres aspectos estrechamente unidos a la historia de Israel: la relación cultural entre judíos y samaritanos, la religión y las relaciones de género.

El primer aspecto nos envía a la historia cultural israelita por medio del simbolismo del pozo y del agua (4, 6-15). El diálogo entre Jesús y la mujer tiene lugar junto al famoso pozo de Jacob, situado a unos 2'5 kilómetros al sureste del actual Nablus. Un pozo profundo: las mediciones hechas en el siglo XIX indican que es de unos 23-32 metros y tiene un diámetro de 2'5 metros. Dado que generalmente está seco desde finales de mayo hasta las lluvias de otoño, se cree que sus aguas provengan de la lluvia y de las filtraciones, o quizá de alguna fuente.

No estamos seguros de que fuera realmente Jacob quien construyó el pozo. Es probable que Jacob lo excavara y lo hizo excavar para proporcionar agua a su gran casa

y sus numerosos rebaños, y evitar así problemas con los vecinos, que ya poseían otras fuentes de agua de la región.

A través del Génesis 33, 18-20 y Josué 24, 32, sabemos que el pozo se encontraba cerca del campo que Jacob había dado a su hijo José en la zona de Sichem, cerca de Sicar, y la tradición histórica –presente en la frase de la mujer: «nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados» (Juan 4, 12)– subraya la importancia de la figura de Jacob en relación con el pozo.

Muchos textos bíblicos contienen leyendas populares sobre el pozo (Éxodo 17, 1-7; Números 21, 16-18; Salmos 78, 15-16; 105, 41). De hecho, el pozo acompañaba a los hebreos y a los patriarcas en sus viajes, por lo que era considerado un don de Dios. Tener un pozo era el beneficio que en Israel más se celebraba, con el del maná. El mismo simbolismo se encuentra también en la profecía de Ezequiel 47, 1-12, según la cual al final de los tiempos debería brotar una fuente de agua desde el Templo. En la misma línea se coloca Juan 7, 37, donde Jesús se presenta como el Cristo y el templo vivo del cual brota el agua de la vida.

Duccio de Buoninsegna «Cristo y la samaritana»



Fue siempre junto al pozo que se realizó la búsqueda y la promesa de matrimonio entre parejas paradigmáticas de la Biblia. En el pozo, el siervo de Abraham encontró a Rebeca, la futura mujer de Isaac (Génesis 24, 13-30), Jacob encontró a Raquel (Génesis 29, 2-12) y Moisés a su futura mujer (Éxodo 2, 15-21). ¿Será este el motivo por el que Jesús habla de los maridos a la mujer? ¿Quizá para romper sus expectativas y abrirla a una nueva comprensión de relaciones que van más allá de la mera convivencia o de la necesidad cultural de seguridad?



La autora

Laica nicaragüense, ha enseñado Ciencias religiosas en la Universidad de los jesuitas en El Salvador y ha realizado una licenciatura en Teología y Filosofía, y también una licenciatura y un doctorado en teología bíblica en la Universidad Pontificia Gregoriana de Roma. Actualmente es directora del grupo Teyocoyani, asociaciones de teólogos laicos dedicados a la formación de guías de comunidades en varias diócesis de Nicaragua.

Del mismo modo, el simbolismo del agua como fuente de vida y de juventud está estrechamente unido al culto de los pueblos de Oriente Medio y al lenguaje figurado del Antiguo Testamento, donde Dios mismo es fuente de agua viva (Génesis 26, 19; Jeremías 2, 13; 17, 13; Salmos 36, 9). De hecho, el agua fue un elemento esencial en los orígenes de Israel (Génesis 2) y en la fe de los padres fundadores del pueblo. Abraham abandonó Ur con su familia para ir a buscar agua y tierra

fértil. A causa del agua, el pueblo dudó de Yahvé en el desierto y, buscando agua, entró en la tierra fértil de Caná. El agua se convierte por tanto en el símbolo de la búsqueda más profunda del ser humano. El hombre empuña toda su existencia, pasando por el tamiz el sentido de su vida y el sentido de todos los sentidos, capaz de determinar y de construir relaciones. El segundo aspecto se refiere a la religión (4, 16-26). Jesús abre a la mujer samaritana a una comprensión más profunda de la religión y del culto, proponiendo el verdadero perfil de la persona religiosa (4, 23-24). Al sugerir la eliminación de los lugares sagrados, Jesús insiste en el significado del culto como una dimensión de lo humano, uniendo a la capacidad humana de adoración y de contemplación, más allá de los límites impuestos de las estructuras religiosas que se vinculan a lugares sagrados. Jesús corrige la preocupación de la samaritana por el dónde, heredada por su sistema religioso, y la lleva a descubrir el cómo, agrandando sus horizontes religiosos a las dimensiones del mundo.

La comunidad de Juan estaba formada, según el testimonio de los textos, por discípulos de Juan Bautista (Juan 1, 35-40), samaritanos (Juan 4, 1-42), griegos helenísticos (Juan 7, 35 y 12, 20) y judíos expulsados de la sinagoga (Juan 9). Había vivido dos momentos fuertes de ruptura: la expulsión de la sinagoga (Juan 9) y la ruptura interna como consecuencia del escándalo suscitado por la cristología de la encarnación (Juan 6, 66). Era una comunidad de periferia, sin poder, marginada y excluida, y con una significativa presencia de samaritanos (Juan 4). Cuando se escribió la narración, la exclusión de los cristianos de la comunidad judía ya estaba teniendo lugar. En ese contexto tiene sentido la discusión sobre la tradición, los libros sagrados, el culto, la ley, los profetas y la espera del Mesías.

El tercer aspecto es la cuestión del género (4, 27-42). El encuentro con la mujer de Samaría muestra cómo Jesús se relaciona con las mujeres de su tiempo, su actitud positiva, que supera los estereotipos culturales de la época, sin nunca limitar la identidad de la mujer a

su aspecto físico o sexual, sino estableciendo con ella una relación vital y liberadora, con rectitud y respeto. Así, por ejemplo, el reino de Dios llega a través de los pequeños gestos de una mujer, cuyas manos laboriosas preparan y hacen que fermente la harina para el pan. Las mujeres son imágenes del reino de Dios, que se hace visible en las experiencias cotidianas (Mateo 13, 33). De la misma forma, la alegría de la parturienta refleja el amor por la vida (Juan 16, 21), y la búsqueda incesante de la hemorroísa es el ejemplo de fe perseverante que sana y reintegra la comunidad (Marcos 5, 25-34). No solo. En Mateo 19, 3-10, Jesús va más allá de lo que podría ser un mero lenguaje adulatorio en lo relacionado con la mujer, en cuanto que, redimensionada la relación matrimonial a niveles de igualdad, osa corregir la ley, restituyendo los derechos a las mujeres y poniendo en discusión la mentalidad androcéntrica de sus discípulos.

Diálogos sobre temas muy delicados como la historia de Israel, la tradición, el culto, el matrimonio de la mujer y la cultura, están prácticamente ausentes en las narraciones de los Evangelios sobre Jesús. Se encuentran sin embargo en el pasaje de la samaritana (Juan 4). Por esto la cercanía entre Jesús y la mujer sorprende a los discípulos. Jesús, aún así, rompe este otro esquema patriarcal, que establece como rol principal de la mujer el de asegurar la conservación de la raza o el patrimonio económico, o incluso ser utilizada para la relación física. Jesús se preocupa de la mujer y establece con ella un diálogo, se interesa por su opinión en temas delicados, unidos al conflicto entre judíos y samaritanos, o sea la trata como una persona, equiparando su estatus o el de cualquier hombre judío.

La conversación entre la samaritana y Jesús evoca, es verdad, aspectos íntimos de la vida de la mujer. Incluso así, delante de la aparentemente temeraria vida sexual de la samaritana, Jesús no emite un juicio moral, ni excava morbosamente en su pasado, sino que la invita a concentrarse en los aspectos más importantes de su existencia y de su pueblo, llevándola a una experiencia de fe, transformándola en mensajera (en testigo, se lee en 4, 39) y empujándola a romper los límites impuestos por su cultura samaritana y también por el judaísmo.

Las instituciones religiosas y sociales de la época consideraban a las mujeres inferiores en función de determinadas situaciones personales. No lo eran a los ojos de Dios.

La comunidad judía es audaz al presentarnos a la mujer samaritana y al indicarnos el rol de las mujeres en el seno de la comunidad eclesial: María, la madre de Jesús, en 2, 1-12 y 19, 25-27; Marta en 11, 17-37; María en 12, 1-8; la Magdalena en 20, 1-18. Esas narraciones muestran tres temas candentes de la época en la que fue escrito el Evangelio: la mujer, la cultura y la evangelización. Por eso la samaritana no es un mero personaje literario, sino un símbolo de la resistencia en lo cotidiano, una mujer que evangeliza a partir de la propia cultura, rompiendo los esquemas judíos.

La samaritana, al igual que el ciego en Juan 9, anuncia a Jesús como profeta y Mesías. ¿La presencia de los samaritanos habrá sido una de las causas de la expulsión de la comunidad de Juan de la sinagoga? A partir de una comunidad minoritaria y perseguida se aclara entonces



*Particular
de «Libros
de madera»
(parroquia
de San José
en Marotta
en diócesis de
Senigallia)*

la presencia y el liderazgo de la mujer, que en toda la tradición bíblica aparece como un símbolo de resistencia e inspiración para la comunidad.

La samaritana asume la posición de testigo, con su palabra (4, 39b), y establece así un vínculo con otras dos mujeres testigos de Jesús: María Magdalena y Marta. La samaritana invierte así la cultura, la religión y la jerarquía social machista que discrimina a las mujeres, superando el concepto de evangelización como exposición de contenido y presentándola como una acción generadora de cambios sociales.

La mujer de Samaria nos avisa que hay tareas culturales todavía pendientes. Es una figura anónima y extranjera. Sabe que se encuentra en una situación personal irregular. De hecho la hora a la que llega al pozo, en torno al mediodía, sugiere que quizá quiere evitar encontrar a otras mujeres. Un mujer sola a mediodía junto a un pozo era señal de impureza. Además la ley judía permitía casarse dos o, como máximo, tres veces. Casarse muchas veces era considerado un acto deshonesto en la época. El versículo 29 parece sugerir que la mujer es consciente de su situación. Transformándola en testigo directo de Jesús, el texto reivindica la mujer y la comunidad samaritana, oponiéndose a la tradición cristalizada del judaísmo y proponiendo nuevas dinámicas relaciones, tanto internas como externas, para la naciente comunidad cristiana. Jesús rompe los límites impuestos por el judaísmo y supera todas las convenciones, presentando

a la mujer como agente de teología. Es una mujer que no pide sanación ni milagros, sino que plantea su pregunta sobre un plano existencial: «Dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla» (4, 15). Frente a una petición similar, es ella la primera persona a la que Jesús decide revelar la propia identidad.

Es mujer, samaritana, sola e impura, cuatro motivos por los que ningún hombre quiere entrar en contacto con ella. Hablando con ella de tradición y cultura, Jesús la considera una interlocutora inteligente. Una vez que la mujer ha comprendido las palabras de Jesús, no lo sigue ni se propone seguirlo, sino que vuelve entre su gente, a la cual ofrece “otro punto de vista”, propone una nueva perspectiva cultural y religiosa, restableciendo así las relaciones culturales rotas por hombres religiosos. De hecho Juan 4, 28 nos dice que fue a hablar a la «gente». Cuando se restaura la equidad en las relaciones humanas, cuando se reconstruye el vínculo social y cuando se superan las disputas mezquinas, Jesús entra y se queda.

En la boca del pozo de Jacob estaban en juego relaciones históricas de enemistad cultural, el significado de la religión y las relaciones de género. La boca de nuestros pozos continúa invitándonos hoy, exhortándonos a no desfallecer en la lucha por restablecer la equidad en las relaciones de género y la paz entre las culturas, y rescatar la religión como una dimensión de lo humano, para apuntalar caminos que hagan más honestos nuestra Iglesia y nuestro mundo.



UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA



formación de excelencia a tu medida



salamanca

GRADOS

Administración y Dirección de
Empresas Tecnológicas (ADET)
Ciencias de la Actividad Física
y del Deporte
Comunicación Audiovisual
Enfermería
Ingeniería Informática
Logopedia
Maestro en Educación Infantil
Maestro en Educación Primaria
Marketing y Comunicación
Periodismo
Psicología
Publicidad y RR. Públicas

LICENCIATURAS

Derecho Canónico
Filosofía
Teología

DOBLES GRADOS

Ingeniería Informática + ADET
ADET + Ingeniería Informática

madrid

GRADOS

Enfermería
Fisioterapia

LICENCIATURA

Teología



DESCÁRGATE
LA APP
DE LA UPSA



Ven a visitarnos

promocion@upsa.es
Tel. 923 277 100 • Ext. 7471

SERVICIO DE INFORMACIÓN AL ESTUDIANTE (SIE)
C/ Compañía, 5. 37002 Salamanca
Tel. 923 277 150 • sie@upsa.es

www.upsa.es